

FH-2052



# ANDANZAS SERRANAS

DE SOMOSIERRA A GUADARRAMA

ESTAS ANDANZAS LAS  
HIZO Y ORDENO EL MA:  
DRILEÑO ENRIQUE DE  
MESA EN ELOGIO DE LA  
SIERRA DE LA CUAL ES  
MUY ENAMORADO

Ayuntamiento de Madrid

FM-2.052

E. Y P. LIBROS  
ANTIGUOS Y MODERNOS  
Apartado 57.072  
T. 531 93 32 - 28080 Madrid

ANDANZAS SERRANAS



Ayuntamiento de Madrid

OBRAS DEL AUTOR

FLOR PAGANA

TIERRA Y ALMA (versos).

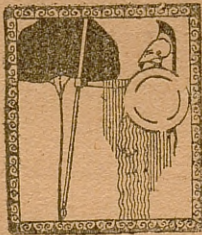
TRAGICOMEDIA

ANDANZAS SERRANAS

ENRIQUE DE MESA

# ANDANZAS SERRANAS

(POR SOMOSIERRA Y GUADARRAMA)



R. / 97. 058

MADRID  
BIBLIOTECA RENACIMIENTO  
V. PRIETO Y COMP.<sup>ª</sup>, EDITORES  
*Princesa, 77.*  
1910.



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ESTAS ANDANZAS LAS HIZO Y ORDENO  
EL MADRILEÑO ENRIQUE DE MESA, EN  
ELOGIO DE LA SIERRA, DE LA CUAL  
: : : : ES MUY ENAMORADO : : : :

Ayuntamiento de Madrid

*...“A las benditas piedras viejas  
de la Cartuja del Paular.”*

Ayuntamiento de Madrid



# PEÑALARA

---

*Contemplad su arrogante cabeza granítica, tocada de nieve, bañada de sol, destacándose del zarco cielo castellano; ved sus hombros hercúleos contorneados de bravías roquedas; el regio manto de pinos que de ellos pende, jironado por los calveros.*

*En las praderas del valle florecen los narcisos blancos, los lirios, las margaritas; el arroyo deshace sus espumas y se aquieta y remansa bajo la umbría de los olmos. Luégo la tierra ondula, se quiebra y enrisca; el sendero reptá entre robledales; la canción del agua es vuestra compañera. Acaso un labriego hachea en el pinar, y se oyen á intervalos acompasados los golpes secos y el gemir del tronco centenario; una voz de zagal suena perdida en la distancia; una esquila tintinea perezosa.*

*El último pino, señero y audaz, arraiga entre los canchos, abatido el tronco y retorcidas las*

nocido espíritu, y la mano que trazara las siguientes líneas aún puede estrechar manos de mujer, que Dios le depare ventura.

Las cuartillas dicen así:

Alzase el monasterio al pie de la montaña, en el término de la pradería risueña, donde la llanura, tras ondular suave, áspera se enrisca. Destacan sus viejos muros, dorados por el sol de los siglos, en el fondo negruzco del pinar espeso; los tapiales de su huerto corren aguas abajo, siguiendo el curso del río, que desde las nevadas cumbres impetuoso se despeña por lecho de rocas, y en el llano deshace sus espumas y serena los cristales de su corriente.

El viajero ha llegado al monasterio en las primeras horas de la mañana de un hermoso día de Abril. Está el cielo azul, encalmada la atmósfera, y la tierra, que azotaron los rigores invernizos, palpita y se estremece bajo la caricia suave de un sol de primavera.

No pretende recrear sus ojos de artista amante de lo pasado en la contemplación de los prodigios de estilo de la obra arquitectónica; ansía bañar su alma en la paz del claustro, hallar en su sosiego

alivio para las tribulaciones del acongojado espíritu. Otras veces examinó, palmo á palmo, detalle por detalle, todas las maravillas del convento: la floración de piedra que corre á lo largo de los frisos y forma la moldura de las arquivoltas; la talla primorosa de las estatuillas, que sostienen labradas ménsulas y cubren calados doseletes; las bíblicas escenas del marmóreo retablo; el original dibujo de los capiteles, el calado de los rosetones, las figuras de los vidrios, los monstruos de las gárgolas.

Ahora sólo quiere gozar de la obra de la Naturaleza, fortalecer el debilitado cuerpo trepando por las asperezas y peñascales de la sierra, infundir con el descanso del retiro soledoso alientos de vida á la voluntad desmayada.

El viajero ha caminado á la ventura por los pintorescos alrededores, respirando á pulmones abiertos el airecillo serrano que perfuman el cantueso y la mejorana; se ha sentado en el derruido pilar de un puente para contemplar la furia de las aguas, que sus estribos baten y los salpican con el hervor de sus espumarajos.

Los prados están florecidos, cubiertos de violetas y margaritas, y los árboles se engalanan con el verdor delicado de los nuevos brotes.



nevascas y la primavera con el manto de sus flores.

.....

.....

Ganguea el viejo esquilón de la torre; su voz rompe el silencio de la noche estrellada. Rechinan, al girar sobre sus goznes enmohecidos, las puertecillas de las celdas. Pasan al través de los arcos las blancas figuras de los frailes. Escúchase el medroso resonar de sus pasos, el roce de sus sayales burdos; se hunden en la sombra, desaparecen por el angosto pasadizo que conduce al coro. Por la soledad agreste se esparcen, en oleadas de armonía, las sonoridades del órgano, y sobre sus notas se elevan las voces del cautivo;

*«Exaudi Dómine, justitiam meam non in labiis doloris.»*

Llaman á la puerta con fuertes aldabazos. Se oye rastro de pies sobre las losas. Abren.

Es un pecador. Viene maltrecho, destrozado, roto; rodó por las quebraduras de la sierra, se hundió en los aguazales, hirióse el pie descalzo en el canchal desolado, desgarró sus carnes con las espinas y zarzas del áspero camino. Le persiguen

las insanias y las pasiones, los deseos pecaminosos y los torpes apetitos.

Cruza el cementerio la ascética figura del abad. El pecador se arroja á sus pies y con voz temblorosa relata sus penas y confiesa sus culpas. Resuena el salmo doloroso:

*«Circundederunt me doloris mortis: et torrentes iniquitates conturbaverunt me.»*

Y llora el órgano gemidoras melodías.

El pecador cae de hinojos. El abad extiende sus brazos en bendición solemne, levanta al cielo su cabeza, aureolada por la luz argéntea de la luna.

Cruzan el claustro. Se oye medroso resonar de pasos y roce de sayales; se hunden en la sombra, desaparecen por el estrecho pasadizo que conduce al coro.

Llena los aires el salmo gozoso:

*«Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo.»*

Y el órgano, que gimió en acordes plañideros y suplicó en quebradiza nota de armonía suave, despliega en alabanza del Señor, majestuoso y potente, su sonora trompetería.

.....

.....

Ayuntamiento de Madrid



## La laguna de los pájaros

---

Durante la noche, el viento, rodando de las rocas cimeras, señoreó el valle. Bramó con furia en la escombrera de los canchales, en las cañadas de pinos; silbó, medroso, sobre la rumorosa frescura de los torrentes, en los tajos donde las aguas se ahocinan; desgajó la lozanía de los pobos en primavera milenaria. Ya en el convento, su canción vieja moduló silbos fatídicos y extraños al colarse por las vidrieras rotas y las ventanas desguarnecidas; al arrastrarse en quejumbre por las celdas abandonadas y á lo largo de los claustros desiertos.

Con la primera luz templó su violencia. Y al tramontar el sol las amarillentas cumbres de la Morcuera, iluminó un cielo azul, barrido de nubes, ligeramente empañado por el velo de una tenue bruma.

Despierta el Monasterio. Cercana se escucha la canción del agua; más tarde, la risa de un chico; luego, la voz de una mujer: las tres cosas puras, delicadas, graciosas.

—Ya viene el señor cura—. La tolvenera, que se desvanece entre los álamos del río, denuncia el trote de su caballo. El camino está salpicado de puntos negros: son los pobres que acuden á la limosna.

Tan, tan... tan, tan... Y en la mañana azul, el bronce herido de la campana estremece el valle, sosegado en la paz del silencio.

Los pobres no vienen de largo. Quizá si fuera dura la jornada, no la emprendieran. Vienen de Rascafría, de Oteruelo, de Alameda, lindos pueblecillos que se espejan en aguas del Lozoya, entre sotos verdes y frondas tupidas, á una hora de camino el más lejano. Aun así, los pobres son escasos. Los castellanos no gustan de pedir: son graves, serios; su mirada de surco no implora con dulzura: observa con fría serenidad. No son estos los pobres plañideros que dentro del hedor de sus andrajos salmodian la letanía de sus miserias. Son mendigos mudos, andrajosos altivos, que al recibir el pan de la caridad apenas si mascullan una palabra de agradecimiento.

Llegan lentamente, en grupos. Algunos se persignan y rezan ante las desportilladas imágenes que señorean el amplio portón. Otros cruzan indiferentes, con un gesto cansino de bestia trabajada.

En el patio, es canto triunfal de seis chorros diamantinos la tenue y dulce cancioncilla que el agua libre de las cimas comenzara á balbucir al borde del nevero. Tres ovejas, enfermas y lisiadas, se apelotonan, corriendo torpemente con un apagado tintineo de esquilas. Los perros ladran con furia. El aire vibra con el clarín del gallo.

Los limosneros se refugian en el «Ave María». Son tan pocos, que todos caben en los bancos de piedra, empotrados á lo largo de las paredes encaladas. Ni una palabra, ni un comentario, nada que denuncie la vida del espíritu. Las mujeres no cesan de arreglarse los mugrientos pañuelos rameados con que se tocan. Los zagalillos miran con ojos asustadizos y curiosos, mientras resoban entre sus manos sucias las boinas relucientes de grasa. Algunos pequeñuelos gimotean, mamujando en el pecho flácido de sus madres, serranas más que viejas envejecidas por el trabajo y la miseria. Un olor agrio de lana burda, de ropas sudadas, llena el ambiente.

frente al «corral educador», evoqué el recuerdo de aquel maestro que en la misma sierra nos sorprendió la pasada primavera con una nota de amenísima originalidad.

El dómíne, archipobre y protomiseria, como el héroe quevedesco, dialoga con sus discípulos en campo libre, al aire y al sol. Es un Platón cristiano, trasplantado desde las rientes, áticas praderas, á la áspera sierra castellana. Y á buen seguro que, para su obra educadora, no pudo escoger más dichosa colaboración. ¡La Naturaleza!

Para los pequeños Gorgias, Feaones y Fedros del pueblecillo no es la escuela la prisión antipática, la cuadra oscura ó el corral mal oliente. La escuela es la tierra fecunda y fragante, las praderas florecidas de margaritas y los ribazos que aroman retamas y jarales. La fresca y rumorosa alegría de los regatos les enseñará, mejor que regla alguna, el ritmo ingenuo de las serranillas de Santillana. ¿Y qué enseñanza de armonía más natural y eterna que la de las frondas balidas del aire.

Al sentir en sus corpezuelos, ateridos por la escarcha de las alboradas serranas la suave caricia del sol, aprenderán que del sol provienen la fuerza y la vida.

Suprema escuela la de estos serranos peripatéticos que deletrean la cartilla mirando codiciosos los nidos, ó un rayo de sol, ó el vuelo de una mariposa. Pero, ¡ay!, que estas reminiscencias platónicas, que aletean románticas en nuestro espíritu, nos alejan de la realidad. Y olvidamos que Platón dialogaba con sus discípulos en una atmósfera tibia de eternal primavera, bajo un cielo clemente, en un clima benigno y suave. Y no pensamos, cuando llega el aliento florido y el invierno se acurruca en la toca blanca de las cumbres, que otra vez tornará la invernada, y el hielo endurecerá los caminos, y la nieve encapuchará los montes y cegarás las cañadas, y el cierzo atentarás á la vida.

¿Queréis decirme qué filosofía, platónica ó no platónica, resiste la sutileza de ese aire que mata un hombre y no apaga un candil?

En los días de invierno, el Platón serrano temblará envuelto en pobrísima bufanda, y los pequeños Gorgias y Fedros soplarán sus dedos, presa de sabañones.

A un pedagogo vendríasle de perlas esta ocasión para hacer un luminoso estudio comparativo, con copia de datos y cifras. Yo, ante la escuela misérrima, pensé con dolor hondo que las piedras de las roquedas y los troncos de los pinares podrían





## Pino de cumbre

Aguas arriba, siguiendo el curso tortuoso del río, el sendero que reptaba entre los robles se ampara en la sombra del pinar. Su grata frescura templaba el fuego de la solanera del valle. Atrás quedaron Lozoya, Pinilla, Alameda, Oteruelo, lindos pueblecillos que asoman su caserío por entre el verdor amarillento de las frondas ribereñas.

Ya el terreno ondulado se encrespa y es más brava y fuerte la canción del agua. Bruñe el sol vivo la seda azul del cielo, y sus rieles de oro recaman el verdor aterciopelado de los pinos.

A intervalos se escucha un golpe seco. Es un campesino que hachea en los troncos centenarios. Bajo el hacha tiembla el pino gigante, y un alarido de dolor simula el viento al correr por las quiebras, por las torrenteras que cortan la frondosidad de la vertiente.

El pinar paga su tributo á los hombres. Sus al-

que gobernaba el hato: en el verdor de un pastizal, unos potros relincharon, salvajes.

Ya el sendero se adentraba en la sombra del pinar, faldeando la montaña, aguas arriba, por el ribazo abrupto y peñascoso del río.

«¿Dónde bueno, señor Juan?»

Era un truchero que, hundido hasta las corvas en la corriente, al aire el torso huesudo de caoba, viejo amigo del sol, escudriñaba entre las guijas del cauce.

Sin responder, el señor Juan abandonó el sendero: le molestaba la voz de los hombres. De lo hondo del barranco subió una risa grosera. El fugitivo atrochaba por entre los helechales, sin sentir la fatiga de la agria pendiente. Gruesas gotas de sudor corrían por su rostro. Rendido, dejése caer junto á un tronco secular, herido del rayo: sus ramas esqueléticas parecían imprecuar en contorsión trágica. Juan oía el precipitado latir de sus sienes, el golpeteo acelerado de su corazón; su frente buscó frescura en la humedad musgosa de una peña cercana.

El viento, batiendo la fronda, fingía rumor de oleaje. Por entre los claros del pinar engarzaba el cielo su turquesa. El agua de un regatillo rompía su cristal, rizándose sobre un lecho de blancas pe-

drezuelas. Llegando á sus orillas, un mirlo se chapuzó graciosamente, y un gorjeo melodioso alegró el pinar.

Juan comenzaba á sentir una blandura insólita; escuchaba en silencio estático la salvaje sinfonía de los árboles, las viejas canciones del agua y del viento, la armonía dulcísima del pájaro que sobre su frente revoloteaba.

Más tarde reanudó su marcha; pero ya su paso era más seguro, más lento; ya sus pulmones se ensanchaban con el aire puro aromado de resinas; ya su oído escuchaba el grandioso latir del corazón de la montaña.

En un calvero le saludó la gloria del sol de mediodía. Por sus rieles luminosos se perseguían dos mariposas de fuego. La flor de las retamas se acarminaba bajo su lumbre. Las lagartijas se deslizaban ondulosas por entre las quiebras de un canchal. Desde el sillar no se veía el pueblo: lo ocultaba un recuesto sombreado de pinos. En derredor, el macizo de la sierra castellana alzabase en cimas enhiestas, tajábase en precipicios espantables, se recamaba con el claro verdor de los robles y el más intenso y fuerte de los pinares rumorosos. Juan miró á la cumbre que cerca refulgía, bañada en luz, con la blancura deslum-



yados en sus aijadas, nos contemplan silenciosos, con esa curiosidad aldeana que jamás inquiere ni pregunta.

Nuestra compañera tiene sed. Un peón camine ro nos ofrece solícito el agua pura de un botijo taponado con hierbas aromáticas. Y el chorro cristalino se quiebra en la roja lengüecilla que, traviesa, juguetea entre la perlería de los dientes.

El automóvil tarda en componerse, y sentados en un ribazo sentimos llegar la melancolía del crepúsculo. El sol, con luz soslayada, incendia el cercano encinar; poco después desaparece. A lo lejos, sobre fondo de ópalo, se perfilan agudas las pedrizas de La Cabrera. En una faja de azul verdoso destácanse enhiestas las cumbres de la Najarra. Sobre la tierra caldeada descienden las nocturnas sombras.

La voz de un chicuelo que atraviesa un rastrojal, rompe el silencio; canta una copla repulsiva, de celos y de sangre. El velo azul se ha recogido, y á unos ojos grandes, oscuros, asoma la picaresca luz de un alma alegre y joven. En el cielo violeta, un lucero brilla. Y yo pienso que, en la noche serena de estío, no nos arrullarán frescos rumores de fuentes ni aromadas brisas de sierra.

¡Qué importa! He visto un chorro cristalino que-

brándose sobre la lengüecilla roja y traviesa, entre la perlería de los dientes, y mis ojos han tropezado en la ondulación graciosa de una cabecita rizada; en el mirar picaresco de unos ojos grandes, oscuros; en un velillo azul moteado y tenue, que, sin velar el rostro, flotaba al viento.

*El Molar, 1904.*



guarina parda, farfulla que los negocios están malos, que la nieve cierra los puertos y dificulta los caminos del valle, que cada madrugada alumbra nuevas fechorías de los lobos hambrientos.

Un trago del pardillo de Escopete ahoga las quejas.

Y de tiempo en tiempo el cierzo silba, y los cristales temblequean, y cae el hollín en la brasa, y un copo que penetra por la chimenea, enorme y solitario, se evapora en la cresta de las llamas rojizas. Y antes que el silbo se extinga y se evapore el copo, el viejo pastor dice con ademán solemne:

—Este, este es el lobo que mata nuestros corderos.

Y yo adormezco junto á la lumbre, mientras el viento simula aullidos y la brasa finge el fosforecer de las pupilas de la loba parda.

.....

.....

Vuelvo á la sierra en primavera y recorro el camino del invierno.

Zarandeados por los vientos marzales, los piornos han sacudido su carga de nieve; lloran los pinos sus invernales rigores, y el sol no tiene fuerza bastante para enjugar su lagrimeo.

En el pinar alcanzo á unos pastores que bajan á la aldea. Es la Pascua, y llevan cruzados sobre sus hombros los corderos que han de sacrificarse.

Preguntó por Juan, y me dicen que Juan ha muerto de frío.

Bajó una tarde á la aldea y no tornó al hato. Retuviéronle hasta la noche el amor de la moza y el amor de la lumbre. Intentó subir luego, y, por ser la niebla espesa y la ventisca fuerte, no acertó el camino.

—Allí le encontramos—dice el más anciano de los pastores—, junto á los pastizales, al pie de los canchos, á la vera de aquel *boyizo*—. Y su brazo indica el agrio declive de un barranco, en cuyo fondo, mugiendo, salta un torrente espumoso.

Caminamos en silencio. Al terminar el robledo, en la primera y suave ondulación del monte, asoma el pueblo su albo caserío, envuelto en los últimos jirones de la niebla azulada. El agua en las caceras ríe bullidora y salpica sus espumas á las márgenes, florecidas de margaritas blancas. Vestidas de fiesta, circulan por las callejas las mozas, y brillan al sol sus pañuelos rameados y sus zagaleros de colores vivos.

Y mientras el valle en su lozanía se alborozaba, refugiado en las altas cumbres el enemigo del pas-

riberas madrileñas, exhausto por la sed del sol en los duros encinares de El Pardo; pero no llegaron á tu manantial cristalino, á los romerales donde cantas, á los canchos donde braveas impetuoso, al pie de los blancos néveros, al fragante enebroal donde se alumbran tus aguas. No saben que hace siglos el fluir de tu caudal, señoril y ocioso, enseñó á un dulce poeta el ritmo ingenuo de sus serranillas.

¡Oh, divino marqués de Santillana, señor de señores! Tú ennobleciste el río, pues que en él bañaste la lira de la paz y el acero de la guerra. En el Real de Manzanares nació aquella tu aromada poesía, como un trébol de sus pastizales, tierna, sentimental y picaresca. Heredó el señor de Buitrago de sus ascendientes, con la linajuda gloria de su estirpe, el gusto de las letras. Eran aquellos felices tiempos de lucha y poesía, y en armas y en versos probó Santillana el fino temple de su espíritu. Ya las serranillas, que en él florecieran con primaveral lozanía, habían mostrado sus picantes capullos en D. Diego Furtado, su padre, y el héroe de Aljubarrota, su abuelo.

Aquella Menga, fruta temprana que encendió al marqués, quizá fuera hija de la gentil serrana que cautivó al almirante de Castilla.

Han transcurrido cinco siglos, y hoy, otro marqués de Santillana, noble como sus ascendientes, se acerca á la orilla del río de sus abuelos. Pero hombre de su tiempo, piensa que las aguas ociosas pudieran ser fuerza, actividad y trabajo. Ya no es sazón de guerrear. Allá, á la entraña de la sierra, vayan quienes busquen aprender poéticos ritmos en la música de su corriente, como el noble trovador de antaño. Hoy, el aristócrata moderno, prueba en la labor el temple de su voluntad y cultiva por sus manos, sin terrazgueros que le tributen, el solar de sus mayores, y trabaja el mosto de sus viñas, y ordeña la leche de sus rebaños. Y acrece su fortuna con el bien del pueblo.

En sus correrías cinegéticas, sin duda al escuchar el rumor del río, pensó el Santillana de nuestros días que sus aguas podrían ser útiles á los madrileños. Y con el mismo heroico ademán con que D. Iñigo desnudara el acero, acometió el marqués la magna empresa. Tras de muchos allibajos de adversidad y suerte, expuesto á perder en ellos toda su fortuna, y auxiliado en momentos críticos de otros capitales, aguijados por su ejemplo, hoy la obra grande y beneficiosa culmina en el meridiano de su prosperidad.

Al escudo de Santillana, el esfuerzo del prócer

le ha añadido un cuartel de nobleza. Junto á roeles y jaqueles, entre pendones y calderos, debe figurar un río de plata cruzando un campo de verdor; el río que ocioso enseñó al primer marqués el ritmo de su poesía, y que en trabajo, por virtud de la constancia del último vástago del linaje, da luz y agua á la urbe madrileña.

¡Pobre Manzanares! Los que de ti se burlan, te infaman. No te han visto en tu manantial de pureza, cuando, sin ser cristal, aún eres blanco de nieve. Te ven callado, muerto, sorbido por el sol en la bullanga merenderil del soto cortesano.

Quevedo, Lope y Tirso te insultaron. Yo, como los Santillanas, te veo bravo, pujante en las pedrizas, manso entre tomillos; oigo la armonía de tu corriente, cristalina y pura.

¡Manzanares, Manzanares!... En tu ribera, bajo las frondas del Sotillo, he temblado de amor. He sentido, galán de mi siglo, la dulce presión de una mano femenina. Y al amparo de un manto, me ha encendido el loco llamear de unas pupilas negras.

*Manzanares el Real, 1908.*

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Peñalara.....	9
Lugar de ventura.....	11
Las brujas de las aguas.....	19
La laguna de los pájaros.....	25
La limosna.....	31
Profanación.....	35
La escuela madre.....	39
Buitrago, la muerta.....	43
Pino de cumbre.....	49
La cima.....	53
En el camino.....	61
La loba parda.....	67
De las ciudades viejas.....	75
Santillana y Manzanares.....	79

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

# BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y C.<sup>a</sup>, EDITORES • PRINCESA, 77 • MADRID •  
 OBRAS RECIENTEMENTE PUBLICADAS • VOLÚMENES DE 250 A 400 PÁGINAS,  
 • • • LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS CUBIERTAS EN COLOR • • •

	Ptas.
JOAQUÍN BELDA	
MEMORIAS DE UN SUICIDA (NOVELA CÓMICA) . . . . .	3,50
JACINTO BENAVENTE	
OBRAS ESCOGIDAS . . . . .	3,50
MANUEL BUENO	
TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO . . . . .	3,50
CONCHA ESPINA	
DESPERTAR PARA MORIR (NOVELA) . . . . .	3,50
ALBERTO INSUA	
LAS NEURÓTICAS (NOVELA) . . . . .	3,50
RICARDO LEÓN	
CASTA DE HIDALGOS (NOVELA) 2. <sup>a</sup> edición . . . . .	3,50
LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS . . . . .	3,50
R. LÓPEZ DE HARO	
SIRENA (NOVELA) . . . . .	3,50
JOSÉ LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
DOÑA MESALINA (NOVELA) . . . . .	3,50
EDUARDO MARQUINA	
DOÑA MARIA LA BRAVA . . . . .	3,50
G. MARTÍNEZ SIERRA	
TODO ES UNO Y LO MISMO (NOVELAS CORTAS) . . . . .	3,50
CONDESA DE PARDO BAZÁN	
LA LITERATURA FRANCESA-EL ROMANTICISMO . . . . .	4,00
CUENTOS DE AMOR (2. <sup>a</sup> edición) . . . . .	3,50
LA QUIMERA (NOVELA) 2. <sup>a</sup> edición . . . . .	5,00
ALEJANDRO SAWA	
ILUMINACIONES EN LA SOMBRA ( <i>libro póstumo</i> ) PRÓLOGO DE RUBÉN DARÍO . . . . .	3,50
FELIPE TRIGO	
LA CLAVE (NOVELA) . . . . .	3,50
LAS EVAS DEL PARAISO (NOVELA) . . . . .	3,50
MIGUEL DE UNAMUNO	
MI RELIGION Y OTROS ENSAYOS . . . . .	3,50